

aventuranzas evangélicas. El primero se esforzó por establecer una exacta correspondencia entre Bienaventuranzas y dones del Espíritu Santo. A su entender, todo el desarrollo de la vida espiritual se encuentra cifrado en las Bienaventuranzas. Su original interpretación, ligando estrechamente Bienaventuranzas y dones, obedece, según el A., a una intuición de fe y de experiencia: antes que unos mandatos, hemos de ver en las Bienaventuranzas un conjunto de promesas que el Espíritu Santo hará realidad en nosotros y a través nuestro, de tal manera que la Ley Nueva podrá así llamarse ley interior, ley de gracia, ley de libertad (p. 181).

S. Tomás, por su parte, relaciona las Bienaventuranzas con el tema de la felicidad como deseo natural del hombre: son éstas las que nos señalan el verdadero camino hacia la felicidad. De ahí que el Aquinate las interprete según los tres grandes niveles de apetito y felicidad que se pueden distinguir: al nivel de la vida sensible, al nivel de la vida activa y al nivel de la vida contemplativa (p. 183). Las Bienaventuranzas son la respuesta evangélica a la cuestión de la felicidad verdadera y, junto con las virtudes y dones, "contribuyen a orientar todas las acciones del cristiano hacia la plena felicidad en la visión amante de Dios" (p. 185).

Hémos, en definitiva, en presencia de un magnífico libro lleno de sugerencias, y que manifiesta, sin nada que lo disimule, el poderoso atractivo de la moral cristiana. La desnuda verdad de la predicación de Cristo, enucleada en la viva exigencia de las Bienaventuranzas, alcanza y penetra la existencia cristiana en todas sus dimensiones. Esto es lo que pone de relieve la presente obra.

JOSÉ M.^a YANGUAS

Adrien NOCENT, *El Año Litúrgico. Celebrar a Jesucristo*, 7 vols., Santander (Col. "Ritos y Símbolos", nn. 8-14), ed. Sal Terrae, 1979, 13,5 × 21. vol. I: *Introducción y Adviento*, 168 pp.; vol. II: *Navidad y Epifanía*, 140 pp.; vol. III: *Cuaresma*, 230 pp.; vol. IV: *Semana Santa y Tiempo Pascual*, 270 pp.; vol. V: *Tiempo Ordinario: Domingos 2-8*, 184 pp.; vol. VI: *Tiempo Ordinario: Domingos 9-21*, 166 pp.; vol. VII: *Tiempo Ordinario: Domingos 22-34*, 164 pp.

Vaya por delante que nos hemos acercado a esta obra del P. Nocent con una gran ilusión: por su autor y por el tema. Teníamos la esperanza de poder disponer, al fin, de ese *subsídium* doctrinal y pastoral, que se veía tan necesario, para la celebración del año litúrgico con arreglo a los nuevos textos del Misal, del Leccionario y del Oficio de las Horas. Hemos de confesar sencillamente, después de su lectura, que todavía debemos esperar ese *subsídium* al que antes nos referíamos: la obra del P. Nocent, que a continuación presentamos, no reúne a nuestro parecer las condiciones necesarias.

El *Año Litúrgico* del P. Nocent se compone de 7 volúmenes. Los cuatro primeros corresponden a las cuatro grandes unidades litúrgicas: Adviento, Navidad y Epifanía, Cuaresma, Semana Santa y Tiempo Pascual. Los tres últimos se dedican al Tiempo Ordinario. El volumen primero (Adviento) va precedido de una introducción al Año litúrgico, importante para calibrar el sentido de toda la obra. La lectura de estas breves páginas —¿por qué no decirlo?— deja al lector sumido en una cierta perplejidad: ¿es lógico que un profesor del *Anselmianum* se pregunte sobre si sigue teniendo sentido el Año litúrgico? ¿Y que se lo pregunte precisamente cuando acaban de ser publicados los textos oficiales normativos por el Papa Pablo VI? Como pregunta retórica para examinar las objeciones y plantear una respuesta creadora y convincente, podría admitirse. Pero el énfasis que se pone en la cuestión y la debilidad de la respuesta manifiestan algo que va a gravitar luego, pesadamente, sobre muchos enfoques del trabajo realizado: una incertidumbre, un cierto complejo ante la ola secularizante de estos años pasados, que ha afectado las bases mismas para una comprensión y celebración gozosa de la Liturgia de la Iglesia. El Autor, a pesar de la sólida formación acumulada a lo largo de tantos años, se deja arrastrar demasiadas veces por esa corriente; pero, como a la vez muchas páginas testimonian aquella otra solidez, el resultado es una obra confusa, en la que no alienta un criterio permanente y unificador; criterio que podría haber encontrado ateniéndose con más fidelidad a los mismos textos litúrgicos y a las magníficas catequesis del Papa Pablo VI.

Por lo demás, la actitud defensiva del culto (conseguir encontrarle sitio en la "ciudad secular") nos parece algo trasnochado. El clima que reflejan esas páginas está tremendamente lejos: los documentos del Consejo Ecuménico de las Iglesias, de 1963, ya entonces no estaban bien fundamentados y hoy casi pertenecen a la prehistoria del tema. De un liturgista se espera que sepa explicar como la liturgia —y más la que contempla en los textos actuales— nunca ha estado separada de la actividad temporal del cristiano. Sobran datos, de todo tipo de proveniencia, que demuestran la vigencia de lo sagrado en la sociedad contemporánea. Me parece que la obra del P. Nocent adolece de no saber otear bien los signos de los tiempos, en contraste, por ejemplo, con el pastor calvinista von Allmen, en su obra sobre la Liturgia. Es lamentable que el autor ponga a la misma altura, para profundizar en el tema de la secularización de la liturgia, un buen estudio del P. Congar con un libro publicado en España sobre el tema, del que el mismo Congar dijo: "Hay un libro traducido del español, de X., sobre la liturgia secular, que me parece muy malo" (*Incunable*, oct. 1975, p. 93).

En la introducción aborda después estos temas: el año cristiano, ¿un pacto psicológico o realidad?; el año litúrgico, actualización de un pasado para un futuro; la presencia del Señor. En general nos parecen pobres, con escasa densidad teológica y doctrinal. Quizá demasiado breves.

La presencia de Cristo en el año litúrgico es considerada por el Autor como el punto más importante y lo que da consistencia y valor a las celebraciones, pero es débil la exposición. La doctrina de San León Magno, de San Agustín, de Pío XII, de Pablo VI, de la *Sacrosanctum Concilium*, de Dom O. Casel y de R. Guardini ofrecen un material valiosísimo para haber hecho una síntesis vigorosa de tales doctrinas, de gran utilidad en el momento actual. Los nuevos libros litúrgicos lo corroboran firmemente.

El esquema adoptado para los diversos tiempos litúrgicos es el siguiente: unas reflexiones "bíblico-litúrgicas" sobre el tiempo determinado que, naturalmente, varían según los diversos tiempos litúrgicos; luego, viene la segunda parte —"estructura y temas"— que, en realidad, son otras reflexiones bíblico-litúrgicas; termina siempre con el apartado "sugerencias: el pasado para el presente". Ello le da pie para insertar sus conocimientos del pasado litúrgico, ya otras muchas veces expuesto en otras obras. A nuestro entender, esto no encaja bien con el criterio seguido por el Autor.

El Autor ha preferido, en esta obra, no seguir los días litúrgicos, tal como se encuentran en el Misal y en el libro de la liturgia de las Horas, como lo hicieron, tan magistralmente, Dom Guéranger, el Cardenal Schuster, Pius Parchs, Emiliana Löehr, Baur y tantos otros. Este procedimiento es más útil para los fieles, pero más difícil, pues exige una reflexión sobre los textos litúrgicos de cada día. El Autor ha seguido un camino más fácil: agrupar diversos temas y desarrollarlos libremente, salvo raras excepciones, según lo que sugiere la celebración de cada tiempo. Para realizar un buen año litúrgico, se necesita mucho estudio sobre los textos litúrgicos que cada día presentan el Misal y libro de la liturgia de las Horas, y, sobre todo, vivíroslos plenamente en las diversas celebraciones. El A. —así parece— lo ha redactado muy precipitadamente.

Adviento. En las reflexiones bíblico-litúrgicas sobre el Adviento estudia los temas siguientes: la espera en la esperanza, espera y expectativa de siglos, esperar las venidas del Señor. Nos encontramos, a lo largo de estas páginas, con párrafos muy logrados. El Autor utiliza con maestría los textos bíblicos que los nuevos libros litúrgicos traen para la Misa y para el Oficio. Pero omite, en gran parte, la aportación que nos ofrece la segunda lectura en el llamado "Oficio de Lectura", donde, con testimonios de San Carlos Borromeo, San Gregorio Nacianceno, San Bernardo, San Efrén, etc., se exponen temas tan interesantes para el tiempo del Adviento, como las venidas de Cristo, la vigilancia, el deseo de ver a Dios, el amor que Dios nos tiene, etc. Se omite asimismo el rico material encerrado en las diversas fórmulas litúrgicas: himnos, preces, antifonas, etc., una de las fuentes principales que nutren la verdadera espiritualidad del año litúrgico.

En la segunda parte —estructura y temas— hay orientaciones muy logradas sobre la lectura litúrgica de la Escritura. Se dan cuadros sinóp-

ticos muy útiles, sobre la distribución de las lecturas bíblicas, tanto en la Misa como en el Oficio. En general, los temas de la vigilancia, preparación de los caminos del Señor, tiempos mesiánicos y anuncios de la venida de Cristo, son expuestos con gran elevación y sano criterio, pero con las ausencias ya apuntadas. A veces toca temas, como el de los carismas, que bien merecen un tratamiento más detenido.

A partir de la cuarta semana de Adviento la exposición es aún más lograda, pero lo referente a las antifonas "O", especialmente las últimas, debía haberse desarrollado más.

Navidad y Epifanía. En las "reflexiones bíblico-litúrgicas" hay temas bien expuestos, pero viciados por su ya mencionado afán de contemporizar con ciertos ambientes secularistas. Así se explican los títulos: "Navidad, ¿un afectuoso recuerdo?"; "¿La Encarnación, un mito?"; "¿Celebrar la Navidad, ¿recuerdo folklórico?", que ciertamente no encajan en una exposición seria del año litúrgico, ni siquiera con el contenido de la exposición que hace el Autor. En cuanto al origen de la fiesta de Navidad, hay que tener en cuenta otros aspectos igualmente válidos y no sólo la antítesis cristiana a la fiesta del "Sol invicto" que tenía lugar en el paganismo y que, ciertamente, estaba muy arraigada en el pueblo. Siguen luego tres temas interesantes y bien desarrollados: "Navidad ¿aniversario o sacramento?", que ya preocupaba a San Agustín y ha sido tratado por varios liturgistas, sobre todo por Dom Gaillard; "Navidad, sacramento de salvación", que tiene por doctor principalísimo a San León Magno; y "La Encarnación, hoy, ¿por mí?", que tan profundamente expuso Dom Casel y la liturgia lo recuerda cada año.

Hay una serie de temas dedicados a "Dios y Hombre, Rey y Siervo", con cuestiones cristológicas propuestas por la misma liturgia de Navidad, que el Autor trata con profundidad.

La tercera parte de las reflexiones bíblico-litúrgicas está destinada a exponer el tema de la Navidad como Pascua, o los elementos pascuales que encierra la liturgia de Navidad, como ya antes han expuesto tantos liturgistas.

Más pobre es el análisis que hace de la liturgia misma de Navidad, desde la Vigilia a la Misa del día. Se diría que al A. no le ayuda la elaboración de los textos litúrgicos de la fiesta en sí, tal como la celebra la Iglesia. Sin embargo, es valioso lo que afirma de las consecuencias de la Encarnación. Las cuestiones cristológicas de los primeros siglos del cristianismo no son cosas pasadas, tienen vigencia en todos los siglos y se manifiestan de múltiples formas. Ya L. Bouyer lo expuso en una de sus publicaciones sobre liturgia, para mostrar que los antagonismos surgidos en la Iglesia en decenios pasados provenían precisamente de la visión y asimilación que cada grupo, opuesto, se hacía de la Encarnación. Así, en los que querían una liturgia horizontalista, destacando aspectos meramente humanos, veía a los nestorianos; y en los que tenían una concepción verticalista de la liturgia veía a los monofisitas. Efeso y

Calcedonia han de estar en la iniciativa de toda actividad cristiana, so pena de naufragar en la eficacia de su dinamismo e incluso de la misma fe cristiana.

Consideramos valioso el tema consagrado a las celebraciones meditativas de Navidad, con la exposición histórica y doctrinal de la celebración de Navidad, en la liturgia bizantina. En cambio, se da poco relieve a las fiestas de la Sagrada Familia, Divina Maternidad y Domingo segundo de Navidad.

Como en el vol. anterior, trae cuadros sinópticos de la distribución de las lecturas, tanto de la liturgia actual, como de épocas pasadas.

Cuaresma. El método que sigue el Autor en este volumen es el mismo que los anteriores. Estudia una serie de temas que le sugiere la Cuaresma, pero desconectados de la celebración litúrgica diaria de este tiempo y con la prestación de su propio tributo a los ambientes secularistas. Esto se nota, sobre todo, en el primer apartado titulado "Antropología de la Cuaresma". En cambio, ya nos gustan más los dos siguientes dedicados a exponer la experiencia cuaresmal de los Padres, y la Iglesia responsable de lo divino. Utiliza con profusión testimonios de los Santos Padres, sobre todo San León Magno, pero hubiera sido más eficaz utilizar en ellos los elementos que ofrecen los libros litúrgicos actuales, sacrificando un poco más la erudición.

Semana Santa y Tiempo Pascual. Basado en cierta literatura teológica de los decenios anteriores, sobre todo protestante, el Autor da una gran importancia a la "estaurología". Es muy llamativo que comience la exposición del Triduo Pascual con una larga cita de A. Camus, tomada de *L'homme révolté*, para continuar luego con Moltmann, como introducción al himno kenótico de San Pablo en Filipenses 2, 8-9. Es un exponente más del criterio del Autor en la presente obra. La liturgia actual le hubiera suministrado un material espléndido sobre esos mismos temas. Hay que partir de la misma narración mesiánica del mensaje de Cristo vivido en la Iglesia. Una de las manifestaciones más perfectas de esa vivencia es la misma celebración de la liturgia. Con razón decía Congar, en la entrevista antes citada, que para él vale mucho más la solemne adoración de la Cruz el Viernes Santo que un discurso sobre la Cruz y la muerte de Jesús. Y esto es lo que hace ver el verdadero sentido de la cruz en la historia de la salvación.

La exposición que hace del Jueves Santo, partiendo de la oración colecta de la Misa vespertina de ese día, es buena. Lástima que no se haya explayado más en ella, pues es fundamental para la misma doctrina sacramental de la Eucaristía. Esta colecta entronca con la doctrina misma del concilio de Trento y casi repite sus mismas palabras, aunque las traducciones no sean siempre plenamente logradas.

Algunos temas sobre la pasión gloriosa de Cristo, en la celebración del Viernes Santo, están bien desarrollados, con aportaciones notables

del Oficio divino, como el de la Sangre del Cordero, el siervo traspasado y victorioso, etc. Esto es una muestra de lo que puede ser un "año litúrgico" basado en los textos presentados por la Iglesia para su celebración, sin disquisiciones que tanto entorpecen en esta clase de obras. Sin embargo, no le da el relieve adecuado a las grandes y solemnes oraciones de la Iglesia, que tienen, en el Viernes Santo, un significado muy peculiar.

Las páginas 112-150 sobre Cristo, nuestra Pascua, son logradas. Las páginas 183 a 252 son prácticamente guiones homiléticos para los domingos del tiempo pascual, sin especial importancia. Pero, curiosamente, los días de las siete semanas, salvo los domingos, los despacha con cinco páginas. Finalmente, dedica algunas páginas a repasar ligeramente los elementos eucológicos, desligados de los temas que ha presentado anteriormente.

Tiempo ordinario. Los tres últimos volúmenes los dedica al tiempo "per annum". Cambia el método, ya que —afirma el Autor— los domingos que siguen a Pentecostés (hay algunos que se celebran antes de la Cuaresma) "carecen de colorido propio y simplemente celebran el misterio de la Pascua realizado en la Iglesia y en el mundo". Mas, si reconoce que las selecciones de lecturas y oraciones presentan una infinita variedad, ¿por qué no revalorizarla? El Autor manifiesta que lo que le importa es el leccionario bíblico para la Misa. Por eso se limita a un sencillo comentario de las mismas, aunque en el vol. quinto dedica nueve páginas a una ligera exposición de los prefacios y plegarias eucarísticas. En cambio, se contenta con sólo seis páginas para exponer las magníficas oraciones de todo ese largo período del año litúrgico.

En el volumen quinto se dedican unas páginas a exponer la teología del domingo: se hace con buen criterio. Lo mismo hay que decir de las introducciones a tres solemnidades litúrgicas de este tiempo: Santísima Trinidad, Cuerpo y Sangre de Cristo y Sagrado Corazón de Jesús. Se añade en cada una de ellas un breve comentario a las lecturas de los tres ciclos.

El santoral está prácticamente ausente de este año litúrgico. Sólo en el último volumen se inserta un cuadro de lecturas de algunas fiestas: San José, SS. Pedro y Pablo, Asunción de la Virgen, Todos los Santos e Inmaculada Concepción. Se añaden también dos fiestas del Señor: la Presentación y la Anunciación. Pero todo sumamente breve y sin relieve.

Esperamos que este largo recorrido haya explicado la desazón que la lectura de esta obra del P. Nocent nos ha producido y que poníamos de relieve al comienzo de estas páginas. En efecto, junto a páginas valiosas y de utilidad para el estudio de la celebración litúrgica de la Iglesia, abundan las que dejan bastante que desear. En conjunto, como "año litúrgico" no llena su cometido.

MANUEL GARRIDO